

Entrega del XX Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana

Salamanca, 21 de noviembre de 2011

Excmo. Sr. D. Nicolás Martínez-Fresno, presidente del Consejo de
Administración del Patrimonio Nacional

Majestad:

En la magnífica fachada plateresca de esta Universidad, sobre las puertas gemelas, hay un medallón central con la efigie de los Reyes Católicos y la leyenda en griego:

Oi Basileis te enkyklopeidia

auté tois Basileusi.

Señora, Vuestra presencia hoy en el Aula Magna de la sapientísima Universidad de Salamanca -que acoge el acto de entrega del XX Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana- vuelve a dar plenitud a dicha inscripción: “*Los reyes para la universidad y ésta para los reyes*”.

Con especial satisfacción, me cabe el honor de hacer una glosa –una mínima glosa- de doña Fina García Marruz, mujer menuda y de verbo grande, de poesía sigilosa pero de dimensión universal, pues la suya forma parte de ese grupo escogido de obras en las que el lenguaje se detiene sobre sí mismo para dar razón de una realidad vital y comprometida. Octavio Paz escribía que “al nombrar, al crear con palabras, creamos eso mismo que nombramos y que antes no existía sino como amenaza, vacío y caos.”

La poesía es siempre un hecho original: cada poema configura su propio absoluto, ya que - como escribió otro gran poeta distinguido con Vuestro galardón- José Ángel Valente “el poeta permite que la palabra hable por él”.

Doña Fina García Marruz, desde el *silencio vivo*, ha llenado su poesía de palabras –*tiempo, hombre, pobreza, corazón, pasos... un rumor...*- para otorgarle la fuerza que el sentimiento necesita para el reclamo, la advertencia y la denuncia.

“Gracias a la función poética del lenguaje”, las palabras adquieren nuevos significados, y si, en verso célebre, José Martí escribió que

No se ha de decir lo raro, sino el

instante raro de la emoción noble o graciosa...

...García Marruz afirma que es preciso ver las cosas desde el fondo, imantando el punto frágil capaz de atraer a la poesía. “Es la cosa, girante astro, astro velado”, la sustancia absoluta, la que es preciso convertir en universal a través de la palabra.

En ello, doña Fina ha sido una auténtica maestra. Y lo ha hecho desde la sencillez y la inteligibilidad, con un lenguaje accesible para todos, que no disminuye en absoluto la intensidad de lo expuesto. “Yo os amo, palabras”... -Proclama la autora “Me queda grande y chica la palabra”-.

En García Marruz, al igual que en don Miguel de Unamuno, la lengua también es “sangre de su espíritu”, vehículo de comunicación en el que su alma se expande y se expresa.

Las palabras son como el cabo de una cuerda que cada individuo, desde la soledad de su naufragio interior, tiende al mundo exterior para comprenderlo y para incorporarse a él.

“Se lo debo todo a Juan Ramón y Zenobia”, afirmaba nuestra galardonada. Pues fue a raíz de la visita del poeta de Moguer a La Habana en 1934 –y su fascinación por la poesía de Juan Ramón Jiménez- cuando aquella joven –desde su impresionismo adolescente- empezó a interesarse por la literatura.

Fina García Marruz, junto a su esposo Cintio Vitier, a Julián Orbón, Eliseo Diego, Octavio Smith, o a Gastón Baquero fueron, en la mítica *Orígenes* de José Lezama Lima, “un conjunto de estrellas silenciosas cuya luz ha tenido proyección universal”. Fueron integrantes de un grupo del que María Zambrano en su ensayo *La Cuba secreta* subraya su vitalidad, anunciando que “la isla dormida comienza a despertar, mediante la poesía, a la vida y a la conciencia”.

La estela de aquellos poetas de la generación *Espuela de Plata* nos llega hoy desde La Habana hasta esta Salamanca universitaria, afamada y española, marcando un arco de unión entre las gentes de ambos lados del Atlántico... y en la misma lengua –pues, siguiendo con Unamuno– “*Colón con ella redobló la tierra*”.

La poesía de García Marruz presenta una intensa espiritualidad, un constante y fuerte contenido místico-religioso -en un anhelante convivir con los misterios cristianos- que la lleva a plantearse el hecho mismo de la creación literaria: “*En todo verdadero poema hay un elemento que escapa a su creador mismo*”, -escribe nuestra premiada-, pues una composición no es simplemente el resultado de sus elementos, sino una creación con vida e identidad propias. La poesía como actividad mágica, que recuerda a la mística, y propone como objetivo lo exterior y desconocido.

Doña Fina recurre a la mirada, a lo individual, para descubrir la esencia profunda de las cosas, su inmanencia, pues lo cotidiano y aparentemente banal *contribuye también al orden del mundo, a la caridad más misteriosa: sirve a la luz*. Y es esa búsqueda de lo profundo, del sentido, la que le lleva a proclamar:

“*Lo profundo es lo que se manifiesta*”.[...]

“*Sé el que eres, que es ser el que tú eras*”.

Majestad, la entrega a García Marruz del Premio que lleva Vuestro Nombre es un acto de nobleza hacia quien, desde el sigilo, el silencio y la sencillez, ha sabido encontrar la quintaesencia de las cosas, del mundo, del tiempo, del ser.

Nuestro agradecimiento a doña Fina García Marruz por esa poesía mínima y callada que, paradójicamente, sabe traspasar lugares, fronteras, océanos y prestar voz y palabra a miles de seres humanos. Es la grandeza de lo sencillo, la grandeza de lo aparentemente pequeño, que sublima al hombre y compromete a la persona haciendo superior el milagro de su vivir.